



NOTICONQUISTA

1521, más allá de México-Tenochtitlan

Federico Navarrete

1521, para nosotros, es el año de la caída y destrucción de México-Tenochtitlan y del triunfo del ejército aliado de indígenas y españoles, llamados generalmente los conquistadores. Lo llamamos también el año de “la conquista de México” porque asumimos que la derrota de los poderosos mexicas significó un cambio de régimen en toda Mesoamérica y más allá, en las vastas regiones norteñas de lo que después sería nuestro país.

Sin embargo, esta es una clara exageración de la dimensión de la guerra que se libró en ese año y del impacto de la victoria militar de los conquistadores. En realidad, en 1521, los aliados indígenas y españoles apenas impusieron su dominio directo sobre las posesiones territoriales mexicas en el Valle de México, y más allá construyeron o impusieron relaciones de alianza y sometimiento con los antiguos tributarios de México, Texcoco y Tacuba. Pero distaban mucho de dominar el inmenso territorio que hoy constituye nuestro país. Serían necesarias más de dos décadas de campañas militares continuas, hasta 1545, para que los tlaxcaltecas, los españoles y sus demás aliados lograron imponerse sobre el sur, el Occidente y partes del norte de Mesoamérica. Hubo también regiones que fueron mucho más difíciles de dominar: el norte, demoraría décadas y siglos en ser explorado y sometido; la zona maya en la península de Yucatán y el Petén de Guatemala, no fue sujeta por completo al dominio español hasta 1697.

Por otro lado, es frecuente que hablemos de la “conquista española” y que demos por sentado que a partir de 1521 impusieron su dominio sobre Mesoamérica los españoles y su idioma, el Imperio de los Habsburgo y sus instituciones, la Iglesia Católica y su religión, así como la cultura occidental y sus formas de pensar y de ser. Esto también es una exageración, pues no debemos olvidar que el ejército que destruyó México-Tenochtitlan estaba integrado en más de 99% por tlaxcaltecas, texcocanos, chalcas, y otros pueblos y en menos de 1% por españoles. La disparidad numérica se mantuvo mucho tiempo: durante los siguientes 20 años, llegaron a lo que llamaron la Nueva España alrededor de 3,000 españoles, frente a más de 10 millones de habitantes nativos de la región. A fines del periodo colonial, las personas de origen español no constituían más del 15% de la población de la Nueva España, y eran menos numerosas, incluso, que las personas de origen

©Federico Navarrete Linares © Noticonquista

Autorizada la reproducción y distribución sin fines de lucro de este texto íntegro y con sus créditos. No se permite la modificación.



NOTICONQUISTA

africano, traídas como cautivos esclavizados, pero muchas de ellas liberadas a lo largo de generaciones.

Estas consideraciones nos deben llevar a acotar la importancia que atribuimos a la derrota de los mexicas. La historiografía nacionalista del siglo XIX y del XX ha proyectado hacia el pasado el mito de la unidad nacional mexicana y ha sostenido que los mexicas eran los gobernantes únicos de Mesoamérica y que su derrota por lo tanto marcó el fin del dominio indígena sobre estas tierras, sustituido de manera definitiva por el dominio español y luego mexicano.

Sin embargo, si vemos más allá de esta perspectiva centralista y anacrónica, encontraremos un panorama más complejo. Sin duda para 1521, la llegada de los expedicionarios encabezados por Hernán Cortés había alterado de manera profunda las relaciones de poder en lo que hoy llamamos el centro de México, ese corredor de gran densidad humana y cultural que va desde la costa de Veracruz hasta los valles de Puebla, México, Toluca y Morelos (“Mesoamérica sus futuros posibles en 1520” <https://www.noticonquista.unam.mx/amoxтли/2459/2454>). Pero más allá de esta región, su impacto era mucho más limitado. No olvidemos que Mesoamérica y el norte de México -el área que los arqueólogos llaman Aridamérica- era un territorio plural y diverso, poblado por centenares de grupos étnicos diferentes, comunicado de manera continua pero lenta y laboriosa por trenes de caminantes, cargadores y peregrinos que podían demorar meses enteros en recorrerlo. Es probable que para 1521, la noticia de la llegada de seres desconocidos a través del mar y, sobre todo, de los actos de terrorismo religioso que realizaron en centros religiosos como Cholula y la propia México-Tenochtitlan habría llegado a los rincones más remotos de estos territorios (“Cholula: terrorismo y castigo”, <http://www.noticonquista.unam.mx/amoxтли/1766/1764>). Sin embargo, es muy posible que la mayoría de los habitantes de estas regiones remotas vieran estos sucesos como algo distante, que no lo afectaba de manera inmediata. La mayoría de estos pueblos, de hecho, no habían sido sometidos nunca por los mexicas y tampoco por sus enemigos, por no hablar de los desconocidos españoles.

A lo largo de cientos y miles de años, los centros políticos de Mesoamérica, desde las ciudades olmecas antes de nuestra era, hasta las grandes urbes como Teotihuacan, Monte Albán, Tula y tantas otras, habían crecido, ganado poder y luego habían perdido su fuerza, ya fueran vencidas por enemigos o invasores, o hayan caído víctimas de cambios ecológicos o sociales. Para los habitantes de Mesoamérica, por lo tanto, la inminente caída de los mexicas sería uno más de estas

©Federico Navarrete Linares © Noticonquista

Autorizada la reproducción y distribución sin fines de lucro de este texto íntegro y con sus créditos. No se permite la modificación.



NOTICONQUISTA

previsibles e inevitables colapsos y es probable que pensarán que sus efectos no serían mayores. Los impactos más amplios y más profundos de la dominación española tardarían varias décadas en hacerse evidentes, por medio de las terribles epidemias que redujeron brutalmente la población indígena, los cambios ecológicos producidos por la ganadería y la minería, el establecimiento de nuevas formas de dominación política y de explotación económica, la imposición violenta de la religión católica.

Quizá la única transformación definitiva que trajo el 1521 en Mesoamérica y más allá fue la fundación de un discurso histórico y político: el de la conquista española, inventada por las *Cartas de relación* de Hernán Cortés. En su interpretación interesada y muy parcial de las guerras de 1519 a 1521, el capitán español se presentó a la Corona como el principal, sino único, vencedor de los mexicas, relegando a la inmensa mayoría del ejército vencedor, los aliados indígenas, a un papel subordinado mucho menor que el que seguramente tuvieron en la vida real. En un discurso jurídico tan bien construido como lejano a la realidad, Cortés se constituyó a sí mismo como responsable y artífice de esta victoria, y así sentó las bases iniciales del poder español que en realidad tardaría varias décadas en imponerse verdaderamente.

El éxito de esta versión no dependió de su verdad, sino de su utilización ulterior por la corona para consolidar su poder sobre la Nueva España. También ha resultado persuasivo desde entonces para los historiadores occidentales pues confirmaba y confirma sus propios prejuicios etnocéntricos: la idea de que son los hombres europeos los verdaderos protagonistas de la historia, la convicción de la superioridad de la cultura occidental y la afirmación del carácter inevitable de la derrota de los “indios” en su conjunto. Pero tal vez 500 años de ficciones sean ya bastante, y podamos este 2021 comenzar a comprender los sucesos de 1521 no como los inventó Cortés, sino como los pudieron experimentar los mesoamericanos, tanto aquellos que se aliaron con él para vencer a los mexicas como la inmensa mayoría que no participó en esta guerra ni fue afectada inicialmente por ella.